

MADRIGAL

Se oye un rumor oculto en la sordina
que descubre un silencio transparente
tan lleno de tu sombra y de tu ambiente,
como un milagro azul que me ilumina.

La música celeste de tu Ondina
suspira suspirando permanente,
con lágrimas de aurora y el relente,
a la luz de tu fiesta matutina.

El perfume encendido de tu vuelo
palmotea aleluyas de colores

en la frente más blanca de tu anhelo.

Y hay soles, como siglos de pastores,
cayendo en los inviernos de ese hielo

que riñe con tu paz de ruseñores.

M. OSTOS GABELLA

LOS MELITONES

Cuando yo salí por el Valle después de largas ausencias, encontré ante un horizonte del país los desaparecidos castaños. El hombre me respondió: «¿Cómo se van los castaños? ¿Por qué se van? ¿Por qué se van? ¿Por qué se van?». Yo le dije: «Por el Valle, después de largas ausencias». Él me dijo: «¿Por el Valle? ¿Por el Valle? ¿Por el Valle?». Yo le dije: «Por el Valle, después de largas ausencias». Él me dijo: «¿Por el Valle? ¿Por el Valle? ¿Por el Valle?».

Los alrededores de Valle Verde no podían ser más pintorescos. Frondosos castaños, cuyo tupido ramaje tamizaba la luz y los ruidos, dando al interior del bosque honduras de pozo; todo llegaba hasta allí amortiguado, tenue, con tibieza de lejanía. De la sierra descendían abruptas gargantas, por las que se deslizaba hasta el valle un rumoroso caudal de agua; el agua, en los charcos que se formaban entre las rocas, parecía sólo un tenue velo de tornasoladas transparencias. A las orillas de la garganta crecían nogales pomposos y, de trecho en trecho, se encontraban viejas aceñas, con los muros tomados de verdín o encubiertos por la yedra. De los cerros próximos llegaba tintineo de esquilas y, en ocasiones, la voz de los pastores — ¡Caaa...braaa...! ¡Chac... chac... chac...!

Si uno salía de la garganta o de los castaños caminaba por pedregosos vericuetos, subiendo y bajando repechos. Brañas de jugoso herrén, alternaban con huertos en verdor perenne, donde había albercas en las que crecían, apiñados, mimbres y gamonitos. En las laderas gavias de olivos, higuerales y viñedos. Los ribazos de las suertes estaban cerrados por paredes cuajadas de zarzamoras o por ringleras de árboles frutales: manzanos, cerezos, perales, naranjos, melocotoneros. En cualquier parte se daba con un venero de agua nitida, de frescura sutil.

Hoy día la comarca ha variado bastante. La garganta, por no sé que extraños trastornos metereológicos, combinados con razones utilitarias, está casi siempre seca. De aquellos enormes árboles centenarios, apenas si queda muestra; por lo visto, «rendían» más como madera. Fueron abatidos y en su lugar se plantaron higueras, que medran en cualquier parte y ya «rinden», a los cuatro o cinco años. Personalmente nada tengo contra las higueras; sé que son sufridas, humildes y generosas. Mas digo,—y espero que las higueras no me lo echen a mala parte—, que en punto a belleza no pueden competir con los antiguos castaños y nogales.

Pero ante la realidad del «rendimiento» no queda otro remedio